

IN MEMORIAM

DOM BERNARD BOTTE, OSB

por Pere Farnés

El pasado 4 de marzo moría en Lovaina el conocido liturgista belga Dom Bernard Botte. Evocar en nuestra revista su recuerdo resulta un deber ineludible si se tiene presente que durante más de medio siglo nuestro ilustre benedictino estuvo presente en casi todos los avatares de la renovación litúrgica, tanto en la vertiente de la investigación científica como en la problemática de la reforma posconciliar y de la pastoral de la celebración. Pocas personas habrán tenido una influencia tan real en la plegaria de la Iglesia de nuestros días como Dom Botte.

Casi totalmente ciego en sus últimos años por lo que atañe a los ojos de su cuerpo, Dom Botte continuaba, no obstante, viendo con claridad con los ojos del espíritu y seguía con vivacidad e interés nada comunes el caminar del Movimiento litúrgico hasta el momento de su misma muerte. Llegado, en efecto, a aquella edad en que la mayor parte de los hombres van perdiendo no sólo sus fuerzas físicas sino incluso la vitalidad intelectual y psíquica, Dom Botte continuó interesado por aquellos mismos ideales que habían sido el centro de interés de su vida en otros tiempos; hasta el final de sus días supo alegrarse del progreso de la pastoral litúrgica, detectar sus riesgos y alentar a quienes debían continuar la tarea para que no cesaran en el camino ya esbozado de renovación.

Si se me permite un recuerdo personal que manifiesta hasta qué punto supo Dom Botte continuar interesándose por la renovación litúrgica incluso cuando preveía que personalmente poco podría ya hacer por ella, recordaría aquí unas frases que me escribió hace algún tiempo: «Me he sentido muy feliz, decía, al saber que no ha abandonado sus trabajos a pesar de que las circunstancias no le permitan realizar todo lo que quisiera». Y, como detectando que pronto serían otros los llamados a continuar los trabajos a

los que él había consagrado sus días, añadía: «Usted no ha llegado todavía, como yo, al fin de la carrera».

En esta misma línea y con idéntico deseo de que otros siguieran el mismo camino por el que él mismo había andado, escribía en 1973, en su libro «*Le mouvement liturgique, témoignage et souvenirs*»: «Durante largos años he vivido en relación personal y he conocido a la mayoría de las personas que han tenido alguna influencia en la renovación litúrgica. Probablemente dentro de unos años los historiadores desearían preguntarme sobre algunos aspectos de la misma, pero yo ya no estaré entre ellos para poderles responder ... por ello quisiera iluminar por adelantado esta historia con una luz que los futuros investigadores no podrán tener: los historiadores, en efecto, trabajan siempre a base de documentos y sólo pueden recordar nombres; yo, en cambio, puedo hablar de personas vivas, que merecen algo mejor que el simple olvido».

Y si se quiere un testimonio más reciente aún de cómo Dom Botte se interesaba por el futuro del movimiento litúrgico, previendo y deseando su progreso para cuando él ya no estuviera en este mundo, podría recordarse un hecho acontecido pocos días antes de su muerte: enterado que uno de sus antiguos colegas del profesorado del Instituto Superior de Liturgia de París había publicado un estudio sobre las plegarias de ordenación —tema sobre el que él había escrito hacía ya 25 años— pidió que le leyeran el artículo, siguió con atención su lectura, en algunos puntos dio su conformidad mientras en otros se mostró reticente y, terminada la lectura, dijo: «El tema está bien planteado; la investigación, pues, continúa».

Resultaría difícil —imposible— resumir en esta breve nota necrológica toda la obra litúrgica de Dom Botte y subrayar sus diversos matices. Si a primera vista lo que resalta es sobre todo el carácter científico de sus estudios, un atento examen del conjunto de sus trabajos nos da una visión mucho más amplia y más rica: Dom Botte no sólo estudió la oración de la Iglesia sino que la amó, y consagró su vida a mejorarla; y, si sus estudios, llevados con un rigor científico poco común, manifiestan una doctrina teológica singularmente segura, sus respuestas no sólo a los eruditos que le consultaban sino también a los simples pastores deseosos de edificar su ministerio sobre la doctrina segura de la Tradición denotan que para él el estudio era sobre todo instrumento para intensificar la más auténtica vida eclesial.

La obra de Dom Botte puede dividirse con bastante objetividad en dos partes y en ella pueden descubrirse como diversos matices que la configuran. Desde 1926 en que inicia sus publicaciones hasta 1946 en que aparece la primera edición de su obra cumbre —la «Tradición Apostólica»— el centro de interés de sus trabajos es casi siempre la Escritura, especialmente el estudio de los antiguos códices y versiones. De esta época son su Gramática Griega del Nuevo Testamento, su versión francesa del Evangelio de San Juan y los primeros artículos aparecidos en el prestigioso «*Dictionnaire de la Bible, Supplément*». Estos estudios le servirán más tarde, en plena renovación posconciliar, para hacer atinadas observaciones —que, por el mo-

mento desgraciadamente, pocos aún tienen en cuenta— sobre las maneras de traducir la Escritura en vistas a su lectura litúrgica (Cf. su conferencia en la Semana litúrgica del Instituto de S. Sergio sobre «Les traductions liturgiques de l'Écriture»). Esta vertiente de investigador de la Biblia es un matiz de la obra de Dom Botte que muchos ignoran pero del que es preciso afirmar que nunca abandonó. (En su segunda época de «liturgista» continúa escribiendo aún frecuentes artículos sobre la Biblia, v.gr., «Le problème synoptique» en «Bible et vie chrétienne», 1954, 116-122; «Manuscrits grecs du Nouveau Testament», en «Dictionnaire de la Bible, Supplément» 5, 1957, etc.).

A partir de 1946, cuando aparece la primera edición de la «Tradición Apostólica», el centro de interés de sus estudios va siendo cada vez más la problemática litúrgica. Para estos estudios, como él mismo confesará a sus alumnos, se vio preparado sobre todo por su conocimiento de las lenguas orientales antiguas y del latín cristiano. Casi sin darse cuenta, como le decía el Prior de su abadía al ofrecerle los «Mélanges» conmemorativos de sus bodas de oro de ordenación, Dom Botte se convirtió en un gran liturgista, en uno de los más grandes conocedores —por no decir en «el mejor conocedor»— de la Tradición litúrgica universal.

La talla, sin duda única, de Dom Botte es el resultado de diversas cualidades que poseía de un modo excepcional: conocimiento de diversas lenguas litúrgicas antiguas, intuición clarividente de los puntos esenciales de cada problema tanto desde un punto de vista histórico como teológico, rigor filológico, claridad en los juicios, pedagogía en la exposición. Sus trabajos, en general bastante breves pero muy numerosos, son siempre de una solidez indiscutible. Los títulos debidos a su pluma se acercan a los dos centenares sin contar las numerosas recensiones —que constituyen una parte no despreciable de su actividad científica— publicadas en diversas revistas, sobre todo en «Bulletin de théologie ancienne et médiévale», (Louvain, Mont César); «Bulletin d'ancienne littérature latine chrétienne» (Maredsous); «Revue d'histoire ecclésiastique» (Universidad de Louvain); «Vigiliae christianae» (Nimega). La obra de Dom Botte puede calificarse acertadamente en su conjunto como lo hizo en 1973 el P. Gy: como los «Desposorios del sentido teológico con la filología».

Jalones importantes de la actividad litúrgica de Dom Botte, que sólo podemos enumerar, son: en 1953 la fundación, con Mons. Cassien, de las «Semaines Liturgiques» del Instituto ortodoxo de S. Sergio de París, la fundación, en 1956, del Instituto Superior de Liturgia anexionado a la Facultad de Teología de París, del que fue el primer director y profesor hasta 1968 y en el que se formaron una pléyade de liturgistas de todo el mundo; sus decisivas intervenciones en los trabajos de la reforma litúrgica, posconciliar, especialmente con referencia a la Confirmación y a las ordenaciones, ambas dirigidas por él. A Dom Botte se debe que hoy tengamos en la misa romana la Plegaria eucarística II, tomada en substancia de la Tradición Apostólica y que es una de las dos anáforas más antiguas que poseemos; a él se debe también la actual Prez de ordenación de obispos,

tomada igualmente de la Tradición Apostólica y la expresiva fórmula de la Confirmación, tomada del rito bizantino y que sustituye a la que figuraba desde la Edad Media en el Pontifical y que era, desde un punto de vista sacramental, muy poco significativa

Plenamente consciente de haber llegado ya al término de su carrera, escribe aún uno de sus últimos libros: la casi emocionante y ya citada obrita «Le mouvement liturgique. Témoignage et souvenirs» en la que lega a la posteridad sus vivencias y sus puntos de vista sobre el conjunto del Movimiento y reforma litúrgica: es un juicio, a la vez optimista y crítico, muy a su estilo, de las cualidades y de los defectos del camino recorrido y de los peligros que puede tener la vida litúrgica en nuestros días.

Que Dios reciba en su reino al que tanto trabajó por la mejor expresividad de los sacramentos de este reino y que sean siempre realidad para él aquellas palabras que de joven monje recitó en el día de su profesión monástica y que, llegado al término de sus días, escuchó por última vez en el lecho de agonía: «Recíbeme, Señor, según tus promesas y viviré; Señor, no defraudes mi esperanza».

PERE FARNÉS

*Facultad de Teología
(Barcelona)*